

La Educación, ¿Mecanismo de control o paso hacia la transformación social?

DEXTER GIBRAN MARTIN MARBAN

*Estudiante de la Lic. En Filosofía
Facultad de Humanidades por la Universidad
Autónoma del Estado de Morelos (UAEM)
Cuernavaca, Morelos, México*

*Tercer Lugar de la Categoría B del
II Concurso Internacional de Ensayo Filosófico
“Enséñame a pensar: una reflexión sobre la
enseñanza de la filosofía y el aprendizaje del
filosofar” (2012)*

*La educación no cambia al mundo,
cambia a las personas que van a cambiar al
mundo.*

Paulo Freire

La educación institucional, pública o privada, influye de manera importante en las relaciones sociales, políticas y económicas de los individuos que conforman un Estado. Esta no es ninguna noticia particularmente nueva. La educación es de hecho, me atrevería a decir, el pilar y el sostén de la preservación del Estado. Esta idea ha estado presente desde la *polis* griega: Aristóteles consideraba que la educación debía instruir a los jóvenes con el fin de formar buenos ciudadanos que respetaran las leyes y sustentaran al Estado (Aristóteles 1981: 20, 24, 55). Podría pensarse que este enfoque de la

educación es deseable si en efecto estuviéramos hablando de un Estado perfecto o *cuasi* perfecto, donde los individuos no estuviesen sometidos a los mandatos del mercado internacional, a las imposiciones estatistas, a los caprichos de las camarillas enquistadas en el poder. La realidad del siglo XXI de Occidente es precisamente, que los Estados nacionales responden muy poco a la idea de perfección o perfectibilidad y responden muy poco a las necesidades básicas y elementales del hombre en sociedad. Y es precisamente la educación la que sostiene y reproduce las prácticas que hacen posible la existencia de esta clase de Estado, con todas las vejaciones que lo acompañan, al someter a los individuos bajo su dominio a la voluntad del capitalista. Aristóteles tiene razón en ese punto: la educación *sí* sustenta al Estado, sin embargo esta educación (la educación oficial) no forma “buenos ciudadanos”, sino buenos obreros, buenos técnicos, que se convierten en los cimientos que cargan con el peso de la existencia del Estado.

Así llegamos por fin a la pregunta medular: ¿Qué pasa en las escuelas de los países desarrollados o “en vías de desarrollo” de Occidente para que esto sea así? Es en la escuela en donde los valores del Estado se imparten (competencia económica, consumismo, mercantilismo, etc.), valores que buscan la preservación del capitalismo y el convencimiento de los individuos que lo conforman de que es el mejor sistema posible. Althusser, aquel gran teórico del marxismo, dice en *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*:

“En la escuela se aprenden las ‘reglas’ del buen uso, es decir de las conveniencias que debe observar todo agente de la división del trabajo, según el puesto que está ‘destinado’ a ocupar: reglas de moral y de conciencia cívica y profesional, lo que significa en realidad reglas del respeto a la división social-técnica del trabajo y, en definitiva, reglas del orden establecido por la dominación de clase. Se aprende también a ‘hablar bien el idioma’, a ‘redactar’ bien, lo que de hecho significa (para los futuros capitalistas y sus servidores) saber ‘dar órdenes’, es decir (solución ideal), ‘saber dirigirse’ a los obreros, etcétera” (Althusser, 1988: 3).

Los programas educativos de educación básica, y en general cualquier tipo de educación institucional en países como México, existen con este fin. El objetivo de esta educación es encauzar el pensamiento del alumno hacia la motivación económica, hacia la sobrevaloración de los materiales producto de la creación de necesidades artificiales, hacia el sometimiento volitivo a las relaciones de producción aunque estas relaciones representen su miseria, y hacia la cosificación de su espíritu. La escuela, en los términos de la sociedad moderna capitalista, es la forma en la cual el *establishment* asegura el sometimiento de las masas a la ideología dominante. De esta manera se asegura, a su vez, la reproducción de la fuerza de trabajo (nunca faltan obreros y técnicos) y las relaciones de producción. Sometido el individuo a la ideología dominante, las empresas y fábricas se aprestan a demandar trabajadores cada vez más preparados técnicamente para asegurar la efectividad de la producción, que con el tiempo se ha vuelto más demandante y

cuantiosa³. Las universidades se convierten entonces en el campo fértil listo para sembrar semillas tecnificadas. Así, el educando es visto simplemente como “materia prima”, reduciendo al ser humano estudiante en un objeto, en un tornillo más de la maquinaria capitalista-neoliberal; es un sujeto “sujetado” (Foucault *dixit*), atado a las relaciones de poder y de producción, cegado de su realidad. La medida del sometimiento ideológico de un sujeto, es la medida del grado de esclavitud que lo encadena al sistema.

En las escuelas el arte, la filosofía, la reflexión crítica, que podrían poner en peligro este dominio y sometimiento, se presentan en los programas educativos como un relleno intrascendente. Ante esto, la capacidad crítica de los individuos, alienados por años y años de adoctrinamiento escolar y mediático, desaparece para dar pie a la instintiva afirmación de lo establecido, del estado actual de las cosas. Independientemente de la condición social del individuo enajenado, este se convierte gracias a este adoctrinamiento, en el guardián más receloso de las élites porque así se le ha convencido que es mejor. El individuo dejó de expresarse. Es el capitalismo y todo el aparato ideológico el que se expresa por y por medio de él.

Es claro que para el *statu quo*, la educación representa un pilar en los esfuerzos por mantener las cosas como están. Por eso han convencido a la sociedad de que solo quien va a

³ Ipods, laptops, celulares, alimentos, autos, artículos de entretenimiento, etc. Las sociedades de consumo son cada vez más demandantes enmarcadas en las prácticas del consumo voraz y en la urgencia de satisfacer las necesidades creadas.

la escuela es “alguien”. ¿Qué pasa entonces con los que fallan en la escuela o con los que por razones de distinta índole no pueden asistir a ella? Se convierten en los peones y vagabundos de la Matrix: obreros, barrenderos, delincuentes, prostitutas, soldados, sicarios: los sin nombre. Solo los que van a la escuela tendrán un nombre “privilegiado”: licenciados, ingenieros, abogados. Cada uno de estos, los sin nombre y los con nombre, son importantes engranajes de la máquina: ambos cumplen funciones y roles sociales específicos sin los cuales el estado de cosas no sería como es.

Sin los soldados no existiría el monopolio de la violencia por parte del Estado con respecto a formas de sublevación social; sin los delincuentes no habría tráfico de estupefacientes para anestesiar a la juventud; sin los licenciados no habría control social mediante la burocracia y la administración. Pero esto está oculto, e independientemente del rol social que le corresponda, la mayoría comparte una misma ilusión plástica: llegar a llenar y consumir el arquetipo del ser humano capitalista ideal: millonario, que cumpla con los estereotipos físicos que el sistema establece como “bellos”, con posibilidades ilimitadas de apareamiento, etc. Y así como el poder vende este estereotipo, vende otros para las conciencias más “duras” de corromper, estereotipos más o menos “diferentes”, “rebeldes”, todos comercializables y definidos: *new age*, superación personal, filosofías de bolsillo, músicas alternativas, etc. Todos estos estereotipos son exhibidos para su adquisición en los *mass media*, y son reafirmados en la familia y en la escuela. La sociedad los carga como máscaras, máscaras que esconden el verdadero yo de los individuos que la conforman, y que son las causantes de las

neurosis más profundas tanto colectivas como personales. La cosa se presenta clara: en lo oculto estriba el real funcionamiento y razón de las prácticas sociales que en lo superficial parecen evidentes. Vivimos en una sociedad de simulacros, donde el simulacro esconde la verdad: esconde la verdad de que es un simulacro (Baudrillard, 1978:5-9). Borges nos diría “el mapa no es el territorio”.

Sin embargo, a la educación en sí misma no podemos culparla por estos infortunios sociales que se presentan en su institucionalización pública y privada; es el uso que de ella se da el real problema. La educación sin duda es transformadora y esto lo saben bien los sectores públicos y privados: el sector público encuentra en la educación el soporte ideológico de sus valores, del continuismo, de la inmovilidad social. El sector privado, en nombre del libre mercado, también educa, construye escuelas técnicas de “primer nivel” en donde forma a los futuros gerentes de sus empresas, a sus especialistas, a sus tecnócratas, y en muchos casos a sus presidentes que administrarán a los países en su favor.

El *establishment* recurre constantemente a la educación en pro de garantizar el cumplimiento de sus intereses. Ahora bien, si la educación es transformadora, ¿Podría entonces ser la educación también un paso hacia la transformación social⁴, y no solo una fábrica de ovejas? Si la educación ha servido de

⁴ Entiendo “transformación social” como el rompimiento de las estructuras dominantes del capitalismo y el neoliberalismo que ejercen los Estados y las élites; el rompimiento de ese dominio rapaz que es causa de grandes problemas que aquejan a la humanidad y al mundo: hambrunas, guerras, devastación ecológica, alienación, etcétera.

instrumento ideológico del poder con el fin de mantenerse como poder, también la educación puede servir como un paso hacia la liberación del pensamiento del hombre y como consecuencia de la liberación del pensamiento, de la liberación esclavizante de la producción.

La pregunta obligada ahora es ¿Cómo? ¿Qué tendría que venir primero: la transformación política y económica o la transformación social a partir de la transformación educativa? Podría decirse que van de la mano, aunque la gran mayoría de opiniones apuntan hacia la consideración de que más y mejor educación para la sociedad, independientemente de las condiciones político-económicas de esta, concluirá en mejores condiciones de vida para la población. Pero casi nadie se pregunta qué clase de educación es esa. La educación mejor que piden estas opiniones sigue estando enmarcada en las reglas y en los términos del *statu quo*. En esta medida la educación no será transformadora, será continuadora, *gatopardista*. Por lo tanto, una real condición transformadora de la educación tendrá que venir precedida de la transformación de las estructuras político-económicas. Si se busca la liberación humana del yugo del capital mediante la educación, se necesitará primero del poder para reformar la educación. Una reforma educativa a partir de las estructuras y superestructuras del sistema, reformará a la educación hacia los nuevos intereses creados de los grupos fácticos dominantes, nada más.

Sin embargo, en los pequeños mundos de cada comunidad, en lo que yo llamo *micro-sociedad*, en los universos de cada persona, hay cosas que pueden hacerse incluso bajo el dominio del Estado capitalista (aunque siempre en la *micro-sociedad*, jamás a un nivel macro-abarcante). En

las mismas estructuras de la educación institucional, mediante la libre cátedra, un profesor que busque abrir paso a la reflexión crítica de sus alumnos, puede intentarlo, y quizás logre influir de manera importante en los estudiantes. Ese puede ser un paso gigante, a partir de lo pequeño, hacia la transformación social mediante la educación libre. No obstante, aquí también se nos presenta un problema: ¿De qué clase de educadores estamos hablando? Los educadores también son individuos miembros de las sociedades, que fueron a las mismas escuelas que ahora criticamos, que sufren de los mismos prejuicios y de las mismas adoctrinaciones por parte de los valores y los medios del capitalismo global.

Entonces, estamos hablando de grandes excepciones, de casi héroes que luchan contra el gran Leviatán, lucha que se antoja perdida desde el principio.

Un educador de esta estirpe, si logra intervenir en la educación de sus alumnos, en su pequeño universo, para motivarlos a la reflexión crítica y al pensamiento autónomo, se enfrenta después con la ideología del capital, de los dogmas, de los prejuicios, de los valores de los medios de comunicación cuando los alumnos salen al mundo “real”, y todo el avance del educador se ve amenazado e interrumpido por la grandísima estructura que se ha construido por encima de la base de la pirámide, la cual es omni-abarcante, a diferencia del pequeño medio de influencia que tiene el educador. Este educador siempre se moverá bajo un limitado campo de acción.

Para concluir, una transformación social evidente, universal e influyente mediante la educación, en este siglo XXI, con el agua de la

injusticia social hasta el cuello, parece que tendrá que ocurrir mediante la toma del poder para garantizar una profunda reforma educativa transformadora. La transformación, dadas las condiciones de vida actuales, se presenta ya como un imperativo, y la educación como un importante eslabón de la transformación social mediante la filosofía, la ética, la reflexión y la crítica.

BIBLIOGRAFÍA:

Aristóteles. (1981), *Política*, Madrid: Espasa Calpe.

Althusser, L. (1988), *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Foucault, M. (1991), *Microfísica del poder*, Madrid: Ediciones de La Piqueta.

Freire, P. (1972), *Pedagogía del oprimido*, Buenos Aires: Siglo XXI Argentina Editores.

Baudrillard, J. (1978), *Cultura y simulacro*, Barcelona: Kairós.